



MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“Pueblos chicos, grandes narraciones” tituló Fernando Iwasaki (Lima, 1961) su presentación en el ciclo “La ciudad y las palabras”, que organiza el doctorado de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UC (Fadue) y en el que participó en dos días sucesivos. Frente a la superioridad de las ciudades como espacios para la narración y el surgimiento de ciertos personajes —el detective, el intelectual maldito, el dictador, la mujer fatal, entre otros—, el escritor e historiador peruano afincado en Sevilla se propuso reivindicar la riqueza del pueblo, la provincia, la aldea. “La literatura universal nace con la caída de una ciudad, Troya”, aseveró, agregando luego: “pero también con el regreso de Odiseo a un pueblo, Ítaca”.

Para desarrollar su tema, Iwasaki recurrió a un hallazgo de Milan Kundera, quien en su obra “El telón” reflexiona sobre cómo las grandes tradiciones literarias de Europa han opacado a las pequeñas literaturas. Lo que aconseja y rescata Kundera es la posibilidad de desarrollar la máxima diversidad en un mínimo espacio. Los ejemplos del conferencista —aunque él prefiera presentarse como un lector en complicidad con su público— fueron elocuentes: “La montaña mágica”, de Thomas Mann; “El nombre de la rosa”, de Umberto Eco; “El lugar sin límites”, de José Donoso, entre otros.

LENGUA Y LITERATURA

Pero los intereses de Fernando Iwasaki van mucho más allá. Después de 25 años dedicado a la gestión cultural, dirigiendo fundaciones, volvió a la enseñanza universitaria. “Mis hijos crecieron, se fueron de casa, ya soy abuelo, para qué iba a seguir dentro de un horario de trabajo tan exigente”, comenta. “Ahora reparto mi tiempo entre varias cosas, todas agrada-

Fernando Iwasaki: “Para escribir ficción necesito dedicar lo mejor de mi tiempo”

En su visita a Santiago, invitado al ciclo “La ciudad y las palabras”, el escritor peruano también habló de literatura latinoamericana y del momento que vive.

bles”: sus clases en la Universidad de Loyola Andalucía y en el doctorado de Literatura de la Universidad Pablo de Olavide; investigaciones históricas; colaboraciones en medios, como el ABC en Sevilla y El País semanal; ensayos para revistas académicas; prólogos y “cosas por el estilo”.

En ese contexto, el autor de la celebrada novela “Neguijón”, así como de “Libro de mal amor”, “Mírame cuando te ame” y de varios volúmenes de cuentos, reconoce: “Mis proyectos de escritura de ficción los tengo un poquito postergados, porque para escribir ficción, sobre todo novela, necesito dedicar lo mejor de mi tiempo. Necesitaría verdaderamente disponer de un tiempo muy generoso que ahora mismo no me lo puedo permitir”.

Miembro de la Academia de la Lengua de Puerto Rico, define dos de sus grandes intereses a la hora de escribir ensayos. Uno de ellos es precisamente la lengua. “Consciente de ser un hablante latinoamericano en la península, me gusta mucho hacer observaciones sobre los intercambios, los préstamos; cómo a veces algunas palabras que pensamos que son nuestras son en realidad españolas, y al revés”. Y cita dos casos curiosos: “poncho” y “fandango”, respectivamente.

El segundo tema son los escritores

latinoamericanos que tal vez no se conocen en España. “El fenómeno más interesante es el de las escritoras jóvenes, como la ecuatoriana Mónica Ojeda, la mexicana Socorros Venegas, o las chilenas María José Navia, María José Ferrada, Alejandra Costamagna, Nona Fernández, Andrea Jelfanovic, Lina Meruane”, afirma.

Sobre un supuesto nuevo boom latinoamericano protagonizado ahora por mujeres, responde categórico: “La palabra boom a mí me parece comercial”. Y cuenta que en 2017 y 2018 dio varias conferencias sobre el trabajo de las escritoras. “Me interesaba destacar cómo, simultáneamente, escriben Elena Poniatowska y Margo Glantz, dos mexicanas nonagenarias, y por ejemplo Mónica Ojeda, que es del año 88, o Liliana Colanzi (Bolivia, 1981). A diferencia de los años del boom latinoamericano, en que las figuras capitales opacaron a todo el mundo, ahora las escritoras jóvenes, las no tan jóvenes y las que son mayores han establecido una especie de linaje entre ellas. Si hoy, por ejemplo, se habla tanto de la violencia dentro de la familia, de la pareja, de la sociedad, yo quiero recordar que Andrea Maturana, chilena, escribió un libro que se titula ‘No decir’, donde todos esos temas ya estaban. Y antes de ella sabemos quién ha-

bía escrito sobre esto en otro lugar. En Argentina, Sara Gallardo, gran escritora también, es muy reivindicada ahora por Mariana Enríquez, por Samantha Schweblin”.

—¿Y cómo ve la narrativa peruana actual?

“La gran figura viva de la literatura peruana sigue siendo Mario Vargas Llosa, cuya última novela, ‘Le dedico mi silencio’, es una invitación a revisar sus ensayos y novelas anteriores, porque dialoga con varios títulos. Sin embargo, pienso que los autores peruanos contemporáneos, exceptuando a Vargas Llosa y Bryce Echenique, tenemos un prestigio internacional menor comparado con los de Argentina, Colombia, México, Chile y Ecuador, donde encontramos grandes nombres de distintas generaciones y corrientes. Por lo tanto, mis mayores expectativas las concentro en el porvenir de Karina Pacheco Medrano, Gabriela Wiener, Katya Adauí, Claudia Salazar Jiménez y Claudia Ulloa Donoso, entre otras narradoras peruanas leídas, dilucidadas y reconocidas fuera del Perú”.



Fernando Iwasaki vive hace cuatro décadas en Sevilla, ciudad privilegiada para la investigación histórica.

FERNANDO IWASAKI S.GRIFET